



## UN CAPITULO OLVIDADO

Por FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

Catedrático de la Universidad de Sevilla

(Especial para LAR)



CUANDO hace ahora once años, pronto trocada en bien probado apego, mi curiosidad me aproximó al pueblo gallego, topé con la dimensión perenne de una personificación sociológica, cuyos altibajos precisé en 1944 en mi libro *La tradición gallega*. Pude entonces coleccionar el magno desequilibrio histórico de Galicia: su condición de pueblo con vida peculiarmente precisa y su raigada incapacidad secular, estrictamente celta, para que tan acusada personalidad social cuaje en aparato político de Estado.

Años más tarde, proyectando mi constante comercio con los libros gallegos en indagación de pura sociología, advertí como el fenómeno central de la saudade, símbolo y cinzel de los corazones galaicos, era el resultado de la angustia creada por el mar en el alma céltica de los gallegos, cuando el diálogo con la naturaleza que es típico de esta raza, hubo de darse en términos tan desiguales que apenas si dejaba al hombre otra salida que el inconsolable temor de la desesperanza. En mi estudio *La saudade desde una posible sociología existencialista* bosquejé la transformación del temblor primero en angustia innata y agorera: la saudade.

Mas hay un capítulo en mi estudio de Galicia que ni siquiera había sabido presumir. Canto la culpa sin rebozo. Es la transformación de la saudade en el regazo de la emigración americana.

Un reciente libro de Ramón Otero Pedrayo ha venido, con su magistralía indiscutible, a abrirme la cuestión. Ramón Otero, don Ra-

món por antonomasia, es, aparte el nombre más egregio entre cuantos gallegos pertenecen al mundo de hoy, quien emparejándose a Pondal culmina las letras gallegas de todos los tiempos. Podrá ser que los forzosos avatares de la hora ensalcen otros traídos por la avasalladora fuerza de los torbellinos, pero desde la perspectiva de mi voluntario exilio extremeño no puede engañarme, porque el apartamiento de la geografía presta aquí la serenidad que luego darán los años.

Yo, lo confieso, aprendí el gallego en los libros barrocos, líricos, irisados, de Ramón Otero Pedrayo; y lo que es más, he conocido en su figura prócer y suprema la suprema encarnación de la hidalguía gallega. Por eso no extrañará le haya seguido en sus *Pelerinaxes* desde Orense a San Andrés de Teixido; en sus andanzas acompañando lejanamente *A romeiría de Xelmírez*, en su triple perderse por *Os camiños da vida*, hasta en aquel abrir ojos de ansia *Arredor de si*.

Y ahora le he seguido fielmente *Por os vieiros da saudade*, encaramado en su pluma de viajero por tierras argentinas. Libro al parecer de recortada literatura, pero que es inagotable mina de tesoros sociológicos, porque don Ramón posee el raro privilegio de que por donde quiera que va lleva a cuestras el alma de Galicia. Sólo donde está él, Galicia plenamente está.

*Por os vieiros da saudade* es el hontanar del capítulo de mis estudios gallegos que yo omití tan pecadora cuanto indisculpablemente. Quien quiera aprender como la saudade existe, se modifica y se diluye al atravesar el Atlán-

tico que la engendró, cójase del brazo literario del primero de los gallegos vivos.

En Argentina no encuentra Otero el paisaje de Galicia, el paisaje que en su diálogo dió origen a la saudade. Agarrándose al cuadro que yo bosquejé en mi *Las Españas*, dice Otero ser Argentina reproducción de la blanca muelle de Andalucía, a modo de otra Andalucía nueva del más allá. Puesto en ella, el gallego adolece menos de la nostalgia de la patria, porque el contorno urbano del monótono Buenos Aires o la no menos monótona Pampa campesina, no tienen nada de común con el nativo paisaje de las gándaras rientes o de los verdes emparrados. La Galicia sin temple ciudadano es ciudad en Buenos Aires, la ciudad metrópoli de los gallegos; pero al ser ciudad es apenas mero reflejo lejano de Galicia.

En la adaptación, la saudade lucha con energías ancestrales celtas y así, las memorias sirven, lo dirá don Ramón con dejos de amargura transparente, para que "toda América esté chea da saudade".

Unos se pegan a los Andes térreos, pero es para soñar con las rías marinas de Redondela: Cacheiro. Otros aman guardar en la retina la estampa del Betanzos que ya no es: Ferreiro. Otros lloran en el decir imposible de las campanas santiaguesas: Castelao. Y entre todos

componen el terrón humano y dulce de la Galicia madre, pura saudade y limpia vida, que va diluyéndose en el contorno de la Andalucía de Ultramar.

Lo que acaece a medida que cada victoria nueva en el afán de hoy apaga una candela en el dejado ayer. Confirmación de mi tesis: cuando el celta, que ha surcado el Mar Tenebroso, supo además cruzarle para vencerle en la otra orilla, venciendo con él al enemigo misterioso de los azares negros de la vida. Como Otero Pedrayo ha escrito, sin parar quízas mientes en que me daba la razón, "cada trunfo pecha unha grande nostalgia".

Y al cerrar la herida de la nostalgia, seca una lágrima de saudade. Los hijos, o los hijos de los hijos, ya sentirán solamente un atavismo lírico, mas no la saudade que es carne de la raza celta de Galicia. Ejemplo: el doctor Piquero, transfundiendo en melancolías nebulosas la llaga de los sentimientos. Es que el paisaje histórico de Galicia, padre de la saudade, pierde su eficacia secular al saberse vencido por la audacia del gallego que pasó victoriosamente el mar.

El capítulo que yo olvidé y que habré de escribir algún día, pudiera titularse: Pasión y muerte de la pasión mortal de la saudade.

*Graña de Torrehermosa (Badajoz)  
1º de junio de 1954.*

## PEREGRINACIÓN A COMPOSTELA

*(Viene de pág. 46)*

guir; en esta última, por sus típicos porches, llegamos a la iglesia de Santa María Salomé, que tiene un interesante pórtico del siglo xv. Al final de la calle con la transversal de Gelmírez y tras ella la Conga, nos permite el acceso a la histórica plaza de la Quintana, a cuyo costado norte se alza majestuosamente la torre del reloj de la catedral y se levanta la fachada donde se abre la Puerta Santa, por la que entramos un tanto impresionados.

Estamos ya bajo las armoniosas bóvedas del sagrado templo, oramos ante el busto del Evangelizador de España y fervorosamente le abrazamos.

Nuestra peregrinación ha terminado, pero, ¿quién resiste a la tentación de recorrer estas naves impregnadas de incienso y de oraciones?, y sobre todo, ¿cómo no admirar una vez más, esta sinfonía de piedra que se llama Pórtico de la Gloria, el más maravilloso que han

contemplado los ojos humanos? Mi pobre acumen no se atreve a describirlo por temor a restarle mérito o a cometer un pecado, que nadie me perdonaría, y así, recurro a pluma ajena para dar cima a esta ya demasiado larga crónica, con algo de lo que escribió nuestra gran Rosalía, cuando en una tarde de otoño lo visitó:

*"...Santos e apóstoles, védeos, parece  
qu'os labios movén, que falan quedo  
os uns c'os outros, e alá n'altura  
do Ceo a música vai dar comenzo,  
pois os groriosos concertadores  
tempran risoños os instrumentos.  
¿Estarán vivos? ¿Serán de pedra  
aqueles semblantes tan verdadeiros?  
¿Aqueles túnicas maravillosas  
aqueles ollos de vida cheos?"*

Lo esbozado se halla en Galicia, y Galicia es un florón de España.